

## Culturas ganaderas. Una forma de vida en peligro

Ángel Espina Barrio

### RESUMEN

*La tradición ganadera ha sufrido cambios a lo largo de los últimos tiempos que van desde un repliegue en la explotación ganadera, ocasionado por el incremento de tierras de cultivo, hasta la modificación de las formas tradicionales de crianza en ambientes naturales. Pero la variación radical que sufrió la ganadería a mediados del siglo XX, con la explotación intensiva, la masificación de granjas y la alimentación prefabricada ha generado en la actualidad una de las mayores crisis ganaderas. El mal de las "vacas locas" ha desatado en Europa, sobre todo en Inglaterra, una fuerte crítica por el uso de productos cárnicos en la composición alimenticia de los animales.*

Desde el Neolítico la vida del hombre ha quedado unida a la de un sector de los seres vivos que desde entonces le acompañan y sirven, pero a los que también ha de cuidar y con los que muchas veces convive estrechamente. Los animales y las plantas "domesticadas", en el Viejo Mundo hace cerca de seis mil años y en América un poco más tarde, supusieron una mejora insospechada en las formas de vida humana que dejaron de ser exclusivamente cazadoras-recolectoras para pasar a ser agropecuarias. Aunque considerándose esencialmente superior a los animales, que son de los que trataremos, el hombre tuvo que conocerlos y no sólo adaptarlos a sus intereses sino también, en muchos aspectos, hubo de adaptarse a ellos.

También en diversos lugares tomó el ser humano, en sus propias divisiones sociales, el modelo de la naturaleza y sus divisiones en especies. Tal es la explicación que se ha dado para la organización más característica de la etapa neolítica: el totemismo. No podemos considerar esta organización como universal, ni tampoco defender las concepciones evolucionistas ingenuas que nos presentan el totemismo asociado a la matriarcalidad y al nacimiento de la exogamia, pero sí decir que en las diversas regiones donde se desarrolló (Australia, Norteamérica, etc.) supuso una división social muy efectiva que asociaba cada sector a unas características psico-físicas propias

del animal antecesor (oso, la fuerza; águila, la perspicacia; zorro, la astucia, etc.). El hombre era consciente de su parentesco con los animales y de que estaba embarcado en una misma aventura vital con ellos. Esto quizá en nuestra época se haya perdido, al considerarse a las otras especies como meros objetos utilizables de cualquier manera y a cualquier costo, este último como veremos, a veces, muy elevado.

Por el contrario, en las culturas tradicionales siempre nos encontramos con un trato a los animales más humanizado y ritualizado y con algún animal, si no “totémico”, al menos muy emblemático, asociado directa o indirectamente a la supervivencia. Así en los pueblos ibéricos proliferaron los prehistóricos toros de granito, que a veces son toros y en otras ocasiones verracos y que hacen referencia a los dos animales más significativos de la Península ibérica, de los que después hablaremos, el cerdo y el vacuno. En otros casos, como en las culturas minoicas, el toro es fundamental; en Troya, el caballo es el animal emblemático; en Egipto nos encontramos figuras mixtas zoo-antropomorfas (Anubis, Apis); en la India, las vacas; en China, los míticos dragones; en México el águila y el jaguar; en los Andes, la llama. Los animales han sido empleados por el hombre no sólo como fuente de alimento sino como objetos de culto, como instrumentos de guerra, o de trabajo, como insignia social, como forma de transporte, como diversión. El “homo urbano” actual, sin embargo, está prácticamente aislado de estos “hermanos menores” a los que sólo conoce directamente en forma de bisteck.

Pero esto es algo nuevo en la historia, pues, desde que el hombre dividió a los animales en dos grandes categorías, los salvajes y los domesticados, siempre permaneció cercano a estos últimos, especialmente a los que no le servían como alimento a quienes se suele otorgar nombre e, incluso, lugar en el grupo familiar. Es cierto que estos nombres propios suelen ser distintos a los de los humanos pero indican una proximidad destacable. Asimismo se hicieron distinciones referentes a los animales puros e impuros, estableciéndose una serie de prohibiciones, mejor diríamos, tabúes, respecto a algunas especies que no podían servir de comida (musulmanes, el cerdo; hindúes la vaca, etc.). Tales prohibiciones parece que tienen que ver más con factores de ecología alimenticia o de higiene que con normas religiosas (Harris, 1987), pero en todo caso son ejemplos de la simbolización con la que se han investido siempre las relaciones con los animales. También desde la antigüedad la fauna enseñó al hombre hablando en las fábulas, sirvió de “chivo expiatorio”, de símbolo de fuerza (toro), de orgullo (gallo), de sabiduría (el búho), etc. Todavía en la actualidad en las zonas rurales ibéricas hemos podido constatar el horror que suscita la figura de “el lobo”, que desde siempre estuvo presente en cuentos, romances e historias orales (Espina, 1999).

Se considera que la capacidad de expansión de muchos imperios de la antigüedad se debió a los animales empleados. Tal se afirma del imperio del "Gran Khan" que se extendía desde el sudeste asiático hasta los límites orientales de Europa y cuyos guerreros montaban los pequeños pero fuertes caballos mongoles. Lo mismo sucedió en la conquista americana cuya rapidez se debió en parte al empleo militar de los caballos importados, empleo que poco a poco derivaría hacia el transporte y se generalizaría en todo el continente americano dando lugar a un tipo de jinete que en su polimorfismo y por su importancia comentaremos en detalle a continuación. Pero antes de ello observemos que a finales de la Edad Media, en Europa se forja la figura y el espíritu de la "caballería", ideal de todo hombre destacado ya sea en la forma de "cruzado", guerrero y, especialmente, como caballero andante. A pesar de que el "Quijote" supone, entre otras cosas, una sátira sagaz a este tipo de ideales, el prestigio de los caballeros permaneció intacto considerándose en muchos casos un signo de preminencia social. Y parte de ese espíritu medieval se traspassa a América con los conquistadores que no por casualidad tienen a Santiago ecuestre, entre los castellanos, o a San Jorge para los portugueses, como figuras sacras de identificación.

En América muy pronto, asociado a la ganadería especialmente la vacuna, se perfila la figura del llanero, heredero del mayoral hispánico, que va tomando diversos usos, atuendos y costumbres, según el clima y la orografía, pero que conserva muchos rasgos de su origen. Jinetes hábiles y esforzados que proliferan de norte a sur en todos los países americanos y que forman parte de su historia y de su leyenda, colaborando a crear identidades nuevas. Tienen diversos nombres pero su espíritu de libertad, su fuerza viril, su indomabilidad son tan invariantes como el amor hacia su caballo, verdadero complemento de su personalidad y de su vida. Mitificados como "llaneros solitarios", lo fueran o no, representan los pioneros de Arizona, Jalisco, los llanos del Arauca, el Cangaço, la Pampa. Son símbolos icónicos de estas nuevas culturas que amalgaman libertad, individualismo, fuerza, aislamiento del hombre en amplísimas geografías. Son mucho más antiguos y genuinos que el archiconocido "cow-boy" que se ha vendido como esencia de lo norteamericano. En realidad, ésta es una característica general de casi todos los rasgos que se pretenden genuinamente norteamericanos: suelen ser meros remedos de las altas culturas sureñas. Así la hamburguesa es una torta mexicana o cubana a la que se le sustrae el chile a cambio de suaves pepinillos; la coca-cola es una derivación de la zarzaparrilla y hasta el famoso supermán es, a poco que pensemos, "el zorro" modernizado. También justiciero, con doble vida, rápido y adorado por las mujeres, aunque, eso sí, ya no va a caballo.

Mención aparte merece el jinete charro jalisciense que en sus formas actuales y como representación de lo mexicano es muy reciente, no antes de

la revolución de 1910, pero que asociado a los capataces del porfiriato y anteriormente a las haciendas coloniales, tiene sus raíces en los propios caballeros cortesianos. Pocos mexicanos conocen que el término charro y jinete charro se emplean desde mucho tiempo atrás en Salamanca (España), siendo incluso el gentilicio popular de esta provincia. Asimismo en esta zona eminentemente ibérica también se engalanan con elegantes “charrerías”, barrocos adornos de plata o de oro, idénticos a los que hoy vemos en charros y mariachis mexicanos. Pero esto no debe extrañarnos pues los propios salmantinos, a su vez, desconocen que sus queridas charrerías proceden y siguen utilizándose en la cultura bereber de Marruecos. Este ejemplo, que puede parecer muy particular, es ilustrativo y paradigmático de cómo la cultura hispánica, fuertemente mestiza y mudéjar, es la que pervivirá en América mezclada con las tradiciones autóctonas.

En Colombia y Venezuela encontramos también a los llaneros desarrollando su subsistencia alrededor de la prolífica ganadería y transformándose en bravos lanceros cuando los avatares de la guerra así lo exigieron. Una de las primeras descripciones de estos peones llaneros nos la da Humboldt haciendo referencia a “hombres desnudos hasta la cintura y armados con una lanza recorren a caballo las sabanas”. Estos “hombres pardos” unos son libres, o manumisos, y otros esclavos y muchas veces estos últimos pasarían a ser “cimarrones” huidos a las regiones más inhóspitas del continente (Humboldt, 1956). Por otro lado, José Antonio Páez, famoso caudillo independentista, describe en sus escritos las esencias de lo llanero y de sus supuestos peligros: “los llaneros vivían y morían como hombres a los que no cupo otro destino que luchar contra los elementos y las fieras [...] no son otra cosa los caballos y los toros salvajes. Una lucha incesante en que la vida escapa como de milagro, lucha que pone a prueba las fuerzas corporales, y que necesita una resistencia moral ilimitada” (Páez, 1946). En la paz el llanero muestra un folklore y unos estilos de vida peculiares pero similares a los descritos y, como en otras ocasiones, con el tiempo se perfilarán estos rasgos como una cultura autóctona; como el “alma llanera” emblemática de toda Venezuela. Por el contrario, en las zonas altas y abruptas norandinas, surge una figura bastante distinta, también mítica para algunas regiones colombianas, como la de Antioquia. Me refiero al arriero, esforzado caminante que, incluso con los pies desnudos, va tirando de las mulas que transportan la valiosa mercancía por veredas imposibles. Sus hazañas, sus posadas, sus zurroneos, su atuendo y sus historias están en el inconsciente colectivo de los antioqueños, como lo estuvieron entre los asturianos o leoneses.

Y qué decir de los más modernos pero no por ello menos arquetípicos cangaçeiros del Nordeste brasileño, que a mitad de camino entre empecinados guerrilleros y bandoleros de Sierra Morena, también como “zorros pernam-

bucanos” “robaban al rico para dárselo a los pobres”. Su atrayente figura perdura hasta la actualidad quizá como recuerdo y nostalgia de una rebeldía malograda. Por otro lado, haciendo referencia a estas distinciones que otorga la caballería en Pernambuco se sabe perfectamente que, o bien uno es “cavalcanti”, o bien es “cabalgado”.

Entre los tipos humanos que existieron en América, en simbiosis con sus animales y monturas, destaca el gaucho, jinete mestizo que no criollo, conecedor de las pampas sureñas. Recibe del indígena no sólo sangre sino técnicas de caza y costumbres. Nos dice Emilio Corbiere hablando de la etimología de la voz “gaucho” que procede del lenguaje indígena, concretamente de “la palabra huaso, fonéticamente guascho, y que servía para distinguir al individuo que se bastaba a sí mismo, carente de padre conocido” (Corbiere, 1998). Naturalmente que a esta designación hubieron de añadirse características cada vez más positivas, de independencia, arrojo y valentía principalmente, para que llegara a ser una de las representaciones más prístinas del “alma argentina”.

Pero las primitivas connotaciones del término tocan uno de los aspectos más recónditos y a la vez más significativo del mestizaje iberoamericano. La simbólica pero también, a veces, física “ausencia de padre”, que en el plano social se traduce en “ausencia de ley” y en debilidad de las instituciones, y que parece estar en el fondo de muchos conflictos, violencias y desigualdades de la actualidad. Con todo, no es en este importante componente en el que queremos centrar ahora nuestro análisis sino en las raíces de estas formas de vida humana asociadas a la ganadería tal como se dieron, y esperemos que se sigan dando, pese a las dificultades, en las regiones europeas de origen, especialmente en las ibéricas, y cómo tales formas están hoy en crisis, fundamentalmente por desidia y por codicia.

Ya hemos visto que, como en otras zonas de Europa, durante la Edad Media en la Península ibérica se dio el nacimiento del espíritu de la “caballería” y un florecimiento de la ganadería cuyo gremio prevalecía claramente sobre el de los agricultores. Concretamente hablando de diversas zonas de Castilla y León, desde remotas épocas prehistóricas, existe una rica tradición ganadera. Exponentes simbólicos de la misma son los míticos toros de Guisando, verdaderas petrificaciones de la omnipresencia del vacuno en tales tierras. Para el ganado ovino y el caprino hubo una época floreciente que se inicia a finales de la Edad Media cuando la Península y especialmente la zona castellana se vio cruzada de norte a sur por las cañadas de la otrora poderosa Mesta. Estos caminos pecuarios por los que se realizaba la anual trashumancia, y que hoy en día se quiere de alguna manera recuperar, fueron manzana de discordia entre agricultores y ganaderos. La extensión de las tierras de-

dicadas a la agricultura aumentó en la época moderna, muchas veces en detrimento del terreno reservado a las cañadas y al ganado. De hecho se observa un repliegue de las explotaciones ganaderas hacia la cornisa montañosa que orla la comunidad castellano-leonesa, zona que por su orografía y condiciones ecológicas no sólo favorece el desarrollo de los pastos sino que no resulta tan adecuada para la agricultura. No obstante, para los cerdos, caballos y para el toro de lidia, el ecosistema llamado de “dehesa”, amplios terrenos con árboles –alcornoques, encinas, etc.– y con espacios intermedios labrados o libres, resultó siempre un hábitat ideal. Allí se desarrollaron los estilos de vida de los jinetes charros, hacendados y capataces, vaqueros o mayorales, antecedentes de todos los considerados en América.

En la figura del jinete tenemos también una incipiente dicotomización de su imagología entre la del caballero, andante o no, pero que se asocia a la defensa del bien, los pobres o de la patria en peligro; y la del jinete malvado, bandido, salteador y asesino. Ciertamente en muchos casos se mezclan las características o se producen evoluciones vitales desde una posición a otra. Pero casi nunca el destacado jinete es estricto defensor de la legalidad y el orden establecido. Encontramos la imagen del buen caballero en “El Cid”, modelo de guerrero castellano, que, sin embargo, tendrá liderazgo entre los moros. Por cierto, para ser caballero o bandido, da igual que la montura sea un caballo o un camélido, pues las consecuencias y rasgos serán muy similares. En España tenemos antecedentes de los famosos y románticos bandidos de Sierra Morena a los bandoleros monfies de Sierra Nevada y la Alpujarra. (G. Alcantud, 1999).

Los extremos del buen caballero van desde el Cid hasta Don Quijote, dos de los iconos más significativos de la historia y la cultura españolas sin olvidarnos del polifacético Santiago. Entre las evoluciones de malos jinetes hay que destacar muchas historias de bandoleros que se “echaron al monte” por injusticias previas sufridas y que, sin embargo, guardan algún tipo de moral o de estética en su actividad delictiva. También el caso de partidas de ladrones que tras la invasión napoleónica se convierten en eficaces guerrilleros contra los ejércitos de Francia. Muchos ejemplos podrían citarse de conocidos y famosos guerrilleros: “El charro”, Espoz y Mina, etc. Curioso el caso de “El Empecinado”, quien fue partisano a favor del rey Fernando VII, el mismo que después le recompensaría y posteriormente le mandaría ejecutar por liberal.

Pero no nos quedemos sólo con el caballo, ni siquiera con el toro bravo, pues muchos piensan que la Península ibérica debería tener como animal insignia no al toro sino al cerdo. Ya hemos dicho que las figuras líticas celtibéricas unas veces son toros pero otras muchas son verracos. España es

el país con mayor cabaña porcina por habitante. Haciendo una distribución equitativa a cada español le tocaría casi una pata de cerdo (jamón). El consumo de su carne en las más variadas formas (embutidos variadísimos, filetes, piel, cara, manos, jamones, sangre, etc.) es excepcionalmente alto y en algunas zonas casi exhaustivo. Existe una raza autóctona de cerdo, con piel más oscura, que asemeja mestizada con el jabalí, de alimentación natural y que, a pesar de poder sólo vivir en algunas partes del suroeste de España (representa apenas un cuarto de la cabaña porcina total), es muy valorada y apreciada. Se trata del cerdo denominado "ibérico" o de pata negra, cima de la gastronomía peninsular. Pero este tipo de animal no parece que sea la explicación para ese desmesurado consumo de cerdo. Para explicarlo somos más partidarios de una componente histórica que tiene que ver más con la prohibición que durante siglos existió sobre este animal por parte de la cultura musulmana. Cuando llega la llamada reconquista y especialmente al fin de la misma, el comer carne de este animal se convierte en un rasgo visible y distintivo de carácter socio-religioso. Los cristianos sí comen cerdo y los moriscos lo repudian. Una persona o familia podía reafirmar su ascendencia como "cristianos viejos" mediante el consumo desmesurado de cerdo. He aquí una típica reacción "fronteriza" con la exageración artificial de rasgos diferenciales. Lo curioso es la pervivencia de estas costumbres alimenticias a lo largo de los siglos, pero ya sabemos que todo lo relacionado con la gastronomía, muy asociado también a factores ecológicos, cambia muy lentamente y es bueno que así suceda pues sino pueden darse situaciones peligrosas como la que explicaremos a continuación.

Las formas tradicionales de uso del ganado variaron radicalmente en Europa durante la segunda mitad del siglo XX. La explotación intensiva de los animales fuera de su ambiente natural, en granjas masificadas y con alimentación prefabricada, a pesar de ser muy rentable y parecer resolver el problema alimentario no podía ser a la larga positiva. La falta de escrúpulos no sólo en el maltrato de los animales, en su transporte, desarrollo, etc., sino también en su cuidado no podían tardar en tener consecuencias nefastas. Pronto se observó que determinadas drogas, como el "clembuterol", aceleraban el engorde y por ello se emplearon masivamente sin tener en cuenta su incidencia en la salud humana, o en si la carne así tratada perdía propiedad, sabor. Cuando las solas reglas del beneficio y del mercado se imponen el hombre puede llegar a cometer errores irreparables. Siguiendo ese camino se generalizaron en la alimentación de los ganados herbívoros unas harinas elaboradas a base de restos óseos y cárnicos procedentes de otros animales incluidos los de su misma especie. Esta práctica implicaba un género de "canibalismo" intraespecífico que ya muchos estudiosos y científicos habían desaconsejado años atrás por peligroso, pues, puede propagar con gran facilidad enfermedades, especialmente a través de las proteínas. Tal es el caso,

conocido por los antropólogos, médicos y otros estudiosos, de las costumbres caníbales de los "fore". Los fore son un grupo humano de poco más de diez mil individuos que habitan las selvas de las zonas altas del este de Nueva Guinea en Melanesia. En la década de los sesenta despertaron el interés de los especialistas mencionados por una rara enfermedad, que se extendió la década anterior especialmente entre los fore del sur, y que se llamó el "kuru" o más popularmente la "risa mortal". El enfermo iba perdiendo lentamente todas sus facultades físicas y presentando temblores, hasta que irremediablemente moría. Pocas familias se escapaban de tener algún caso en su seno. Pronto se observó la asociación de esta enfermedad con la costumbre fore del canibalismo ritual. De hecho con la desaparición de las conductas antropofágicas en los sesenta, desapareció también la fatal epidemia.

Hoy sabemos que existen unas proteínas que producen malformaciones en otras similares y que extendiéndose causan letales disfunciones. Son los priones que si bien no pueden transmitirse fácilmente, sólo incorporándolos directamente, son prácticamente indestructibles. De tal naturaleza parece que era el "kuru" y tal es el origen de la enfermedad llamada de Creutzfeldt-Jakob, encefalopatía espongiiforme o mal de las "vacas locas". Su transmisión interespecífica es difícil y lenta pero dentro de la misma especie parece mucho más fácil y frecuente. Para algunos ésta es la explicación a la prohibición generalizada de incorporar proteínas (carne) de la propia especie (canibalismo): aumentar las posibilidades de supervivencia de los grupos humanos. Y tal debería haber sido la cautela que debíamos haber aplicado a los animales. De hecho las vacas, y otros animales, han sido sometidos por el hombre, a la fuerza, a prácticas canibalísticas, que en la naturaleza nunca hubieran llevado a cabo. Hemos replicado artificialmente con ellas el "kuru" de los melanesios y ahora nos llega a nosotros.

El mal de las "vacas locas" procede de una explotación desaforada y de unas prácticas inadecuadas en el empleo abusivo de ciertos fármacos, antibióticos, etc. en los animales. Los cuidados, prácticas de la veterinaria anterior y alimentaciones tradicionales no suponían tales riesgos. En el momento presente, con esta profunda crisis de la ganadería, deben adoptarse nuevas estrategias que en algún caso irán en la dirección de recuperar pautas anteriores, que la calidad prime sobre la cantidad, que se dé siempre un respeto por la eco-biología. Y esta crisis no es sólo europea, aunque de momento sea sólo en ese continente donde se estén adoptando medidas antiepidémicas. Desgraciadamente el mal se ha exportado con los animales y con las harinas cárnicas, como siempre por el afán desmesurado de lucro de algunos empresarios, en este caso ingleses. Quizá en la India, en África, en Texas surjan pronto nuevos casos. Los argentinos por fin sacan algo positivo de la guerra de Las Malvinas, la suspensión total postbélica de importaciones de Inglate-

rra pone a salvo de cualquier contaminación por estos motivos, aunque no de la aftosa, a su amplísima cabaña ganadera. Pero ¿qué pasará en otros lugares? La solución a todo esto no es, desde luego, que se adopten dietas vegetarianas. Solamente que se intensifique el cuidado y la atención con los animales que tanto nos aportan.

Hay un uso entre los mineros y los bodegueros de diversos países que consiste en llevar consigo al trabajo una jaula con un pajarito. Si este animal llegara a morir, el trabajador sabe que tiene que salir urgentemente de la zona. Pero no sólo en este ejemplo, sino siempre, la vida de las especies animales está conectada con la nuestra. No podemos pretender sobrevivir nosotros solos mientras los animales sucumben. El planeta hoy en día se asemeja a una gran mina en la que muchas especies mueren y se extinguen; debemos reaccionar pronto si no queremos correr su misma suerte.

## BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ DE MIRANDA, A.

1962 *Ritos y juegos del toro*, Taurus, Madrid.

BARNETT, S.A.

1987 *La conducta de los animales y el hombre*, Alianza, Madrid.

BUYTENDIJK, F.J.J.

1970 *L'homme et l'animal*, Gallimard, París.

CARDÍN, A.

1994 *Dialéctica y canibalismo*, Anagrama, Barcelona.

CORBIERE, E.P.

1998 *El gaucho. Desde su origen hasta nuestros días*, Editorial Renacimiento, Sevilla.

COSSIO, J.M.

1979 *Los toros. Tratado técnico e histórico*, Espasa-Calpe, Madrid.

DELGADO RUIZ, M.

1986 *De la muerte de un dios. La fiesta de los toros en el universo simbólico de la cultura popular*, Península, Barcelona.

ESPINA BARRIO, A.B. (DIR.)

1999 *Culturas ganaderas de Castilla y León*. Alberche, Corneja, Sayago y Serrezuela, Instituto de Investigaciones Antropológicas de Castilla y León, Salamanca.

- GARCÍA MARTÍN, P. (Y OTROS)  
 1994 *Por los caminos de la trashumancia*, Junta de Castilla y León, León.
- GOLDBERG, J.  
 1977 *El animal y el hombre*, Mensajero, Bilbao.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A.  
 1999 "Hipótesis etnográficas sobre el bandolerismo monfi", *Mélanges*. Maria Soledad Carrasco Urgoiti, Fondation Temimi, Zaghuan.
- HARRIS, M.  
 1981 *Caníbales y reyes. Los orígenes de las culturas*, Argos Vergara, Barcelona.  
 1987 *Vacas, cerdos, brujas y demás enigmas de la cultura*, Alianza, Madrid.
- HUMBOLDT, A.  
 1956 *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas.
- LINCOLN, B.  
 1991 *Sacerdotes, guerreros y ganado*, Akal, Madrid.
- LORENZ, K.  
 1985 *Consideraciones sobre las conductas animal y humana*, Planeta, Barcelona.
- MARVIN, G.  
 1982 *La corrida de toros: an anthropological investigation of animal and human nature in Andalucía*, University College Swansea, Swansea.
- PÁEZ, J.A.  
 1946 *Autobiografía*, Librería y Editorial del Maestro, Caracas.
- PITT-RIVERS, J.A.  
 1984 "El sacrificio del toro", *Revista de Occidente*, 38-39, 27-47.
- RAGO, V.,  
 1999 "Llano y llanero: contribución al estudio del forjamiento de una imagen", *Boletín Antropológico*, Merida, Venezuela, nº 45, 27-47.

- ROMERO, M.E. (COMP)  
1992 *Café, caballo y hamaca. Visión histórica del Llano*, Eds. Abya-Yala, Quito.
- ROMERO HERNÁNDEZ, D.E.  
1997 "Enemistades rancheras, bandolerismo y procesos de modernización", *Estudios Jaliscienses*, nº 27, 47-67.
- ROMERO DE SOLIS, J.M.  
1997 "Robar caballos y cometer incesto: el caso de Diego Jerónimo Flores", *Estudios Jaliscienses*, nº 27, 23-35.
- SERRAN PAGAN, G.  
1977 "El ritual del toro en España: algunos errores de análisis y método", *Revista Estudios Sociales*, 20, 87-99.
- VV. AA.  
2000 "La Charrería", *Artes de México*, nº 50, 6-81.